

“CAMINEMOS CON ALEGRÍA Y PENSEMOS EN NUESTRO SALVADOR.” PINCELADAS SOBRE LA ITINERANCIA DOMINICANA

Santa Sabina, 24 de Mayo de 2003.
Memoria de la Traslación de nuestro Padre Santo Domingo.

FR. CARLOS AZPIROZ COSTA, O.P.

Mis queridos hermanos y hermanas en Santo Domingo:

Les escribo con temor y temblor. Ante todo, para animarme, una confidencia. En los últimos tiempos, he leído y meditado los diversos mensajes que los últimos cuatro Maestros de la Orden escribieran a la Orden. Me refiero a estos cuatro, por citar solamente los que la Providencia ha puesto al servicio de la Familia Dominicana desde los tiempos del Concilio Vaticano II hasta el 2001. No puedo sino exclamar: ¡Cuánta riqueza! ¡Qué profunda es la palabra que ellos nos han predicado con tanta generosidad y entrega! Ante esta realidad – esta es la confidencia fraterna – ¡Qué difícil escribir una carta a la Orden! Me explico... ¡pareciera que todo ya estuviera dicho! ¿Qué podría decir de nuevo a mis hermanos y hermanas en Santo Domingo? Al mismo tiempo constato con pena que en muchas comunidades, me refiero más específicamente a las de los frailes, apenas si se conocen las Actas de los últimos Capítulos Generales ¡siendo esos textos verdaderos programas de vida dominicana para nuestro tiempo! Por último, como sucede a tantos otros, no solamente en la Orden, me asalta la sensación de estar frente a cierta “inflación” de documentos, textos, mensajes, cartas, acerca de los temas más variados (pero imposibles de leer con provecho ante la llegada de uno nuevo).

Diversas experiencias en los últimos seis años

1. Hace tiempo, un fraile provincial, conversaba conmigo informalmente acerca de la situación de su provincia. Pensando en voz alta se lamentaba, no sin cierta tristeza: “en mi provincia no puedo hacer ninguna asignación”. Esas palabras me impresionaron mucho. No dejo de pensar en ellas y en sus consecuencias.

En los últimos años, no es ninguna novedad, he vivido dos experiencias muy diversas. La tarea como Procurador General, oficio

“sedentario” como pocos, me puso sin embargo en contacto con muchas situaciones muy delicadas para la vida dominicana y religiosa de muchos hermanos y hermanas. Ahora, en el ejercicio de este ministerio, más bien “nómada”, al visitar comunidades en diversos países, descubro la “sinfonía - policromática” de la Orden en la Iglesia y el mundo desde una perspectiva distinta. Sin embargo ambas perspectivas me han llevado a una misma intuición. Me han hecho descubrir que hay algo que realmente “bloquea”, amenazando las raíces de nuestra vocación y misión en la Iglesia y en el mundo: cierta inmovilidad. Esta inercia provoca una especie de parálisis, un “instalarse”, que por ende hiere de muerte las más generosas energías de nuestro ser y vivir como hijas e hijos de Santo Domingo.

2. Uno de los rasgos que Domingo de Caleruega ha encarnado a imitación de los apóstoles, heredado por quienes somos sus discípulos, es el de la itinerancia evangélica. Por gracia de Dios, por decirlo de un modo visual, él rompió los límites de un esquema “geográfico” en la organización y vida de la Iglesia, basado fundamentalmente en la organización diocesana por un lado y –hablando de la vida religiosa – en la estructura de la vida monástica y de los canónigos regulares. Sin duda que la historia de la Iglesia misionera no comienza con la Orden de Predicadores, ¡cuántos monjes misioneros, por ejemplo, han evangelizado tantas regiones de Europa! Pero Domingo quiso fundar, *in medio Ecclesiae*, una Orden que fuera y se llamara de predicadores.

“Sucedió en aquel tiempo...” ¡ponerse en camino cambia la vida!

3. Cuando éramos niños nos deleitábamos escuchando o leyendo historias reales o imaginarias. Muchas de estas comienzan con el típico “Había una vez”. Salvando las distancias, cuando se proclama el Evangelio, siguiendo a Jesús en su Camino, se suele iniciar la lectura: “En aquel tiempo”...

Fray Jordán, con la frescura del discípulo, como volviéndonos a enamorar de los orígenes escribe en su Libellus:

“En aquel tiempo, sucedió, pues, que el rey Alfonso de Castilla deseaba el casamiento de su hijo Fernando con una noble de Las Marcas. Por este motivo acudió al obispo de Osma pidiéndole que hiciera de procurador en el asunto. El obispo accedió a la petición real y (...) llevó consigo al mencionado hombre de Dios, Domingo, subprior de su iglesia. Poniéndose en camino, llegaron a Toulouse ”

4. Marie-Humbert Vicaire en su “Historia de Santo Domingo”, a través de diversos argumentos históricos, refiere que esta invitación de Alfonso VIII al Obispo de Osma fue hecha hacia mediados de mayo de

1203. El célebre biógrafo francés, siguiendo a Jordán, concluye: “El Obispo no tardó en ponerse en camino, llevando consigo a Domingo. Era a mediados de octubre de 1203”. ¡De esto hace 800 años!

No es éste el lugar ni el momento apropiado para entrar en detalles, tampoco para detenernos en un análisis histórico y cronológico más exhaustivo. Sabemos –eso sí– que este viaje cambió para siempre la vida de estos dos amigos. En efecto, apenas cruzaron los Pirineos, los dos hombres de Dios pudieron comprobar un hecho que hasta entonces no conocían más que de oídas: el desafío del dualismo de raíz maniquea, arraigado profundamente en aquella región a través de diversos grupos y sectas. Como un ejemplo elocuente del impacto que ocasionó en ambos viajeros esta nueva realidad, Jordán nos narra el célebre episodio del hospedero:

“En la misma noche en que fueron alojados en la ciudad de Toulouse, el subprior, mantuvo con calor y firmeza una larga disputa con el hospedero de la casa que era hereje. No pudiendo aquel hombre resistir la sabiduría y el espíritu con que hablaba, le recuperó para la fe, con la ayuda del Espíritu divino.

La “misión matrimonial”, lo sabemos, exigiría otro viaje y finalmente terminaría en un fracaso. ¿Un fracaso?, sí, ¡pero preñado de vida nueva! Así lo expresa Jordán de Sajonia:

“Dios dispuso para un mayor provecho el motivo de aquel viaje, en cuanto iba a ser el origen de un matrimonio más excelente entre Dios y las almas, en beneficio de toda la Iglesia; un vínculo de eterna salvación para recobrar de múltiples maneras a las almas apresadas por diversos errores y pecados [2 Cor 11, 2], como lo demostraron los acontecimientos que le siguieron”

5. Una misión diplomática en nombre del Rey -un repentino cambio de planes en la vida de Diego y Domingo- es la ocasión que termina ofreciendo un color diverso a sus historias iluminadas por la luz renovadora de la gracia. Un Obispo y el subprior de un Cabildo catedralicio, llamados a crecer y dar fruto en el jardín limitado de Osma, se encuentran frente a un panorama eclesial e histórico totalmente diverso. Conocían sí las consecuencias de las herejías allende los Pirineos, pero “sólo de oídas”. Algo análogo a lo del Justo Job, quien al final de su dura experiencia de vida, en diálogo abierto con Dios, exclama: “Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos”.

En efecto, Dios llamaba a Diego y Domingo a iniciar en tierra extranjera una nueva evangelización que con el tiempo adquiriría horizontes universales. El camino fuera de lo conocido les abrió los ojos

del alma. Los dos no volverían a ser más los mismos. Ambos viajes diplomáticos (en 1203 y 1205 respectivamente) tuvieron consecuencias “vocacionales” para ambos ¡y no porque descubrieran una vocación diplomática!

Diego de Osma, (¿en 1206?), pediría al Papa Inocencio III que le concediera la gracia de aceptar su renuncia al episcopado, puesto que era propósito suyo muy querido, dedicarse con todas sus fuerzas a la conversión de los cumanos, pueblo pagano del este de Hungría. El Papa, lo sabemos, no aceptó su renuncia. El Obispo posteriormente toma el hábito del Císter; aconseja a los legados papales acerca de la predicación de la fe contra los albigenses; se compromete seriamente en esa misión itinerante durante dos años; decide regresar a su sede de Osma; a los pocos días cae enfermo y fallece a fines de 1207.

Conocemos con mayor detalle la vida de Domingo. A partir de estos viajes a las Marcas su vida será la de un apóstol itinerante hasta la muerte. Diría -¿por qué no?- que a partir de este VIII centenario de este “primer viaje misionero” de Domingo, comenzaremos a celebrar con alegría otros “octavos centenarios” de extraordinaria belleza e importancia para toda la Familia Dominicana ¡entre ellos la fundación de Prulla! considerada siempre como la primera comunidad de la Orden.

La itinerancia ¡en el corazón y la mente de todo dominico!

6. Fray Pablo de Venecia, uno de los testigos en el proceso de canonización de Santo Domingo, cuenta que “el maestro Domingo” le decía a él y a otros que estaban con él: “Caminad, pensemos en nuestro Salvador”. También atestigua que “dondequiera que se encontraba Domingo hablaba siempre de Dios o con Dios”; confiesa que “nunca lo vio airado, agitado o turbado, ni por la fatiga del camino, ni por otra causa sino siempre alegre en las tribulaciones y paciente en las adversidades ”.

7. ¿Entonces? ¿Una carta a la Orden sobre la itinerancia? Lo que tienen en sus manos, lo que leerán y –eso espero- meditarán en su corazón, de modo personal y en común, es el fruto de una reflexión en el seno del Consejo Generalicio. Cuando comencé a pensar y reflexionar sobre el tema de la itinerancia en la vida dominicana, preparamos una reunión con el Consejo Generalicio en pleno. Invité también a fray Manuel Merten, Promotor General para las monjas. Con suficiente tiempo cada uno de los frailes preparó una breve exposición acerca de los diversos aspectos de la itinerancia en nuestra “*sequela Dominici*”: itinerancia y vida espiritual; itinerancia y camino formativo e intelectual; itinerancia y cada uno de los votos religiosos; itinerancia y vida común; itinerancia y vida

contemplativa; itinerancia y gobierno dominicano; itinerancia e inculturación; itinerancia y el fenómeno de la movilidad humana; itinerancia y misión; etc. En un encuentro de tres días, fuera de Roma, cada uno presentó su tema y todos dialogamos sobre estos y otros aspectos de nuestra itinerancia dominicana.

Confieso que la cualidad de las reflexiones fue tal que, al final, ya no me sentía capaz de escribir una carta sobre el tema que pudiese abrazar tanta riqueza. ¡Tan amplio el arco-iris de temas a tratar! Por otro lado, tampoco podíamos editar simplemente los 15 “textos” preparados ¡Lejos de nosotros pretender publicar una “enciclopedia” o “diccionario” sobre el tema!

En una segunda etapa, intentamos meditar acerca de algunos temas centrales alrededor de los cuales giraran otros que también habíamos estudiado juntos. Para ello pedí a cuatro hermanos presentaran una síntesis elaborada de lo compartido comunitariamente. Les presento entonces el resultado de nuestro trabajo. Fray Roger Hounghbedji (Vicariato de África del Oeste, Provincia de Francia, Socio para África) ha escrito acerca de la “Itinerancia en la Biblia”. Fray Manuel Merten (Provincia de Teutonia, Promotor para las monjas) nos ofrece su reflexión acerca de la “Itinernacia y vida contemplativa”. Fray Wojciech Giertych (Provincia de Polonia, Socio para la Vida Intelectual) escribe acerca de la “Itinerancia en el camino formativo e intelectual”. Finalmente, fray Chrys McVey (Vice-Provincia de Pakistán, Socio para la Vida Apostólica y Promotor de la Familia Dominicana) nos predica acerca de la “Itinerancia y misión”.

La palabra *iter - itineris* (del griego *hodós*) significa: camino, viaje, marcha, jornada ¡pongámonos en marcha para recorrer juntos este paisaje interior dominicano!

I - LA ITINERANCIA EN LA BIBLIA

8. La itinerancia aparece como un tema dominante en la Biblia. En efecto, el pueblo de la Biblia se define principalmente como un pueblo en peregrinación. El término ‘hebreo’ por el que es designado viene de ‘ibrî’, que quiere decir ‘el otro lado’ de un límite y evoca la idea de emigración. El pueblo hebreo es pues un pueblo en estado de migración, un pueblo nómada. Es en esta óptica donde los grandes creyentes del Antiguo Testamento (sobre todo los Patriarcas) van a considerarse como ‘extranjeros’ (xénoi), puesto que no han podido obtener (sino que lo han visto de lejos solamente) el objeto de las promesas que Yahvé les hizo (cf Gn 23,4; Ex 2,22; 1Cr 29,15; Sal 39,13; Lv 25,23). Toda la historia del

Pueblo de Israel será entendida como una larga marcha hacia el cumplimiento de las promesas de Dios en su Hijo Jesús.

Por lo mismo, la comunidad cristiana (el nuevo Pueblo de Dios) será llamada 'el Camino' (cf Hch 9,2; 18,25; 19,9.23; 22,4; 24,14.22), lo cual destaca la idea de camino o de itinerancia. En tal perspectiva el autor de la carta a los Hebreos presentará a la comunidad cristiana como una comunidad de peregrinos sobre la tierra (He 11,13), en marcha hacia la ciudad futura sólidamente construida (He 13,14). Los cristianos viven pues aquí abajo como 'desarraigados', pero 'arraigados' allá arriba, en la ciudad celeste, que es el objetivo último de su caminar. San Pedro en su carta (1P 1,17) mostrará que desde el momento en que los cristianos no pertenecen más que a Dios deben considerar su paso por la tierra como una estadía transitoria, sin ninguna atadura con este mundo de aquí abajo. El término técnico utilizado por el Nuevo Testamento para expresar esta situación pasajera del cristiano en este mundo es *parepidêmos*, que indica el extranjero no establecido, el viajero, y se opone al extranjero con residencia permanente.

Es claro, pues, que en la mentalidad bíblica toda la vida del creyente, su relación con Dios, está polarizada por la idea de la marcha, del camino, de la itinerancia. La cuestión es saber en qué consiste esta itinerancia o qué la caracteriza. Una visión de conjunto permite señalar tres grandes rasgos característicos de la itinerancia bíblica.

Itinerancia como éxodo

Desplazamiento espacial

9. El camino de Dios (*hodos*) se define como una partida, una salida, un éxodo. El creyente está llamado a abandonar un lugar determinado, a romper su lazo de unión a un mundo físico o geográfico, para ponerse en camino e ir más allá. La itinerancia está tomada aquí en su acepción geográfica, física. En este sentido se puede comprender la itinerancia de Abrahán, que debe salir de su tierra para aventurarse en un país extranjero (Gn 12,1-9). La Palabra de Dios que le es dirigida lleva al patriarca a hacer una ruptura total con su patria y todos los vínculos humanos para lanzarse a un camino donde sólo la fe es determinante. La fe del patriarca consiste precisamente en una respuesta incondicional que le lleva a comprometerse en un camino del que sólo Dios conoce la salida. Lo mismo sucede con el profeta Elías, que se pondrá en camino hasta el Horeb, donde Dios, a través de una brisa ligera, se le va a revelar (1R 19,4-8). La itinerancia exige pues aquí un salto a lo desconocido que es el lugar de la fe.

Además, el pueblo elegido en su conjunto está marcado también por la experiencia del éxodo fuera de Egipto, una experiencia que va a determinar toda su vida. Guiado por Dios y por Moisés, el pueblo es llamado a comprometerse en un camino largo y difícil por el cual, a través de mil pruebas, llegará a conocer a su Dios y a hacer su entrada en la tierra prometida. A causa de sus numerosos pecados ese pueblo será exilado de nuevo, esta vez a Babilonia, donde va a experimentar la dolorosa experiencia de su condición de 'peregrino', considerándose como un grupo de refugiados o de exilados en territorio extranjero (cf Sal 137). Cuando llegue su liberación se verá de nuevo llamado a lanzarse a un nuevo éxodo, signo de la liberación que llevará a cabo el Siervo de Yahvé, cuya misión consiste en hacer salir de la esclavitud más profunda constituida por el pecado (Is 42,1-9; 53,5-12).

En el Nuevo Testamento Jesús será presentado también como un gran itinerante. En efecto, en los evangelios aparece como un gran viajero, siempre en camino (cf Lc 9,57; 13,33; Mc 6,6b), pasando de Samaria a Galilea o haciendo la ruta hacia Jerusalén (Lc 9,51). Él mismo se presenta como el Hijo del hombre, que no tenía un lugar donde reclinar su cabeza (Lc 9,58). Envió a sus discípulos a caminar (Lc 10,1-9; Mt 10,5-15) y señalará la condición de discípulo como un compromiso en su seguimiento (Lc 9,59-62; Mc 2,13-14; Jn 1,43). Toda la misión de los apóstoles después de la muerte de Jesús se realizará en la perspectiva de una gran itinerancia (cf Hch 16,1-10; 2Co 11,23-28).

Se aprecia pues que la itinerancia en la Biblia es en primer lugar y ante todo geográfica-espacial en el sentido de paso de un lugar a otro -el término 'paso' significa también la Pascua, el Éxodo (Jesús realizó su Pascua pasando de este mundo a su Padre: Jn 13,1). Y hay que señalar que el desplazamiento espacial indica siempre una misión.

Desplazamiento espacial en vistas a una misión

10. En la perspectiva bíblica los desplazamientos que se hacen por motivo de un mandato o de una obediencia se realizan a menudo en vistas a una misión: entregar un mensaje, hacer una obra. Es el caso de Moisés, por ejemplo, en su encuentro con Yahvé (Ex 3,1-6), que será el comienzo de su misión: mientras que antes, por miedo a la guardia, Moisés debió huir de Egipto (2,15), por petición de Dios regresa para liberar a su pueblo. En el transcurso de dicha misión recibirá frecuentes peticiones de Yahvé para ir a reunirse con el Faraón y conducir a su pueblo al desierto, para recibir la Ley y dársela al pueblo. De hecho todo el libro del Éxodo se presenta como una itinerancia vivida como obediencia a Dios.

Así sucede también en los libros proféticos. En efecto, el profeta es tomado por Dios en la situación en que se encuentra para cumplir una misión. Muy a menudo esa misión le lleva a enfrentarse al rey o a las autoridades religiosas, a poner en peligro su propia vida. Es decir que la obediencia pedida supone no solamente un desplazamiento sino también un riesgo que se asume. La misión no se cumple sin riesgo, como sucede con Elías, prototipo de profeta: tiene que huir de su país para asegurar el éxito futuro de su misión (1R 17,3-9), regresar para enfrentar al rey Ajab, para darle el mensaje dictado por Dios (1R 18,1; 21,18-19) y abandonar el lugar de su encuentro con Dios para continuar su misión (1R 19,15-16). Tenemos una especie de resumen de este esquema cuando el profeta suplica a un simple creyente que sea su intermediario : el mandato ordena un desplazamiento en vistas a entregar un mensaje, pero hay un riesgo y por tanto razón de tener miedo (1R 18,7-16).

En el Nuevo testamento el mandato que exige un desplazamiento va siempre asociado a la predicación del Reino, del tiempo de Jesús (cf Lc 9,2) o a la misión después de su resurrección (Mt 28,19-20). Las condiciones son precisas: se trata de viajar sin equipaje embarazoso y sin medios especiales. Notemos que se puede negar alguien a seguir la llamada por rechazar la itinerancia (Mt 19,16-22; Lc 18,18-23; Mc 10,17-22).

Itinerancia como conversión

11. A la itinerancia geográfica-espacial va ligada la itinerancia espiritual, que aparece como el lugar de una conversión, entendida como 'metanoia' (cambio radical de espíritu, de mentalidad). En efecto, en la Biblia la itinerancia geográfica siempre va acompañada de la itinerancia espiritual: el desapego de un lugar para ir a otro se hace en vistas al desapego de sí mismo para no pertenecer más que a Dios. El término bíblico utilizado para manifestar este lazo entre ambos tipos de itinerancia es 'dérék' (camino), derivado de 'darak' (caminar), que indica el camino espiritual que se debe asumir para corresponder a la voluntad y al plan de Dios. En la mentalidad de Israel la persona, por culpa de sus pecados y de su rechazo a realizar los designios de Dios, debe conformar su modo de existencia, sus hechos y sus gestos, a la voluntad divina (Miq 6,8; Is 30,21; Os 14,10; Sal 119,1). Es la condición para que pueda llegar a la verdadera vida (Prov 2,19; 5,6; 6,23; Dt 30,15; Jer 21,8). La conversión consiste en todo el proceso espiritual (la itinerancia espiritual) que se debe realizar para corresponder a la voluntad de Dios. En esta perspectiva es como se entiende todo el cambio que se obra en la vida del profeta que recibe una misión específica de Dios. El llamado de Dios se apodera de él y afecta profundamente su estado social, su modo de vida, al mismo tiempo que le pide cumplir una misión que incluye un desplazamiento, una itinerancia (cf

Os 1,2; Jon 1,2; 3,2). El desplazamiento aquí no es sólo espacial sino también simbólico, en la medida en que toca a la vez la vida del profeta y la del pueblo, en su relación a la Ley.

Esta misma idea es retomada en el Nuevo Testamento a través del término 'hodos', que indica el camino (Hch 18,26) que los discípulos deben emprender para llegar a la vida (Mt 7,13-14). En esta perspectiva se inscriben las condiciones planteadas por Jesús para entrar en el Reino (Mc 1,15) y las que se les exige a los discípulos que quieren comprometerse en su seguimiento (Mc 8,34-35). Seguir a Cristo aquí conduce al discípulo a una renuncia radical a sí mismo y a todas sus tendencias egoístas a fin de hacer depender su vida únicamente de él solo. El seguimiento de Cristo (itinerancia geográfica) está así condicionada por la renuncia radical, como lugar de conversión (itinerancia espiritual). La itinerancia espiritual se presenta aquí como el lugar de una identificación con Cristo.

Itinerancia como identificación con Cristo

Cristo como camino

12. La gran innovación del Nuevo Testamento es la identificación del camino con Cristo: Cristo mismo se presenta como la vía viviente que lleva al cielo y permite el acceso al Padre (Jn 14,6). Tal identificación de Cristo con el camino muestra que la ruta a tomar (sea física o espiritual) no es un conjunto de leyes o de actitudes sino la Persona de Cristo, la sola vía con la cual debe identificarse el discípulo para tener acceso a Dios Padre. Todo el rumbo del cristiano (su itinerancia) va a consistir en identificarse con Cristo por su vida de fe. Creer en Cristo consiste, pues, en ir y unirse con él (comprometerse existencialmente cara a cara con él), de modo que se apropie de sus dones y riquezas, condición para alcanzar a Dios.

La identificación con Cristo (el camino que lleva al Padre) se presenta aquí como aquello que le da al cristiano la consistencia, la estabilidad que le permite proseguir el rumbo a pesar de las dificultades y las pruebas del camino. Dicho de otra manera, identificarse con Cristo - lugar de una vida de fe y de enraizamiento en su Persona- es lo que le da al discípulo el impulso para una auténtica itinerancia. No hay verdadera itinerancia sin la búsqueda de una cierta fijeza o estabilidad en Cristo.

Obediencia e itinerancia en la Orden

13. La cuestión de la identificación con Cristo -lugar de conformidad a su voluntad y de la obediencia- tiene una relación muy fuerte con la itinerancia en la Orden. En efecto, en la tradición dominicana la itinerancia a partir del hecho de la obediencia es el origen mismo de la Orden, o más

bien, de su desarrollo espectacular fuera de la región tolosana. Santo Domingo dispersa a sus frailes de dos en dos (Libellus 47), probablemente pensando en la idéntica acción de Jesús cuando envió a sus discípulos de dos en dos. Se trata de una obediencia que excluye la discusión (cf Deposition de fr. Juan de España, Deposition de Bolonia, 26) y que fue mantenida a pesar de la oposición de los hermanos y de las autoridades civiles y religiosas amigas de santo Domingo. El fruto sería el magnífico desarrollo de la Orden. Allí incluso se trata de una dispersión en vistas a una misión, la de la predicación y la propagación de la vida apostólica según el modelo imaginado y deseado por santo Domingo. Los testimonios (deposiciones) en el proceso de canonización del Maestro Domingo muestran que los hermanos viajaban mucho de un lugar a otro en función de las necesidades. Un ejemplo de esa movilidad es la asignación del bachiller Reginaldo a París, a pesar de que estaba haciendo maravillas en Bolonia (Libellus 61-62).

La obediencia religiosa no es un fin en sí. Está al servicio de la misión de la Orden, tal como ella es definida por los Capítulos Generales y Provinciales, y le asegura a la Orden la necesaria libertad para su acción (Bolonia 33). Es un medio para que los hermanos, como cuerpo constituido, respondan a las exigencias del bien común que deben alcanzar juntos porque ha sido discernido en conjunto. La obediencia no es pues la expresión del capricho del superior o del capítulo, sino la expresión personalizada del esfuerzo que se le pide a todos en vistas a la misión o al bien de la Orden en circunstancias particulares. Como éstas son cambiantes por naturaleza, conviene que los frailes acepten cambiar también, a fin de responder mejor a la misión. La movilidad intelectual, apostólica, de los cargos, de los lugares, es la consecuencia de la misión evaluada y diseñada en común. Tanto el inmovilismo como la exagerada movilidad son evasiones con relación a la misión. La obediencia es un medio para regular la movilidad en orden a la misión, para provocar la itinerancia a fin de responder a las necesidades impuestas por las circunstancias o deseadas por un Capítulo. Evidentemente, para alcanzar lo que nos enseña la Biblia, la itinerancia querida y aceptada en el cuadro de la obediencia religiosa supone la fe, por una parte, en la capacidad de la institución para discernir el bien común y, por otra parte, en Dios puesto que es su Evangelio quien está en el origen de nuestra presencia en la Orden y en la misión confiada por la Iglesia, a la que nosotros servimos lo mejor que podemos. En este sentido, para nosotros, la obediencia religiosa y la itinerancia que de ella puede resultar están íntimamente ligadas a nuestra vida religiosa, pues ésta se da en orden a la predicación del Evangelio. Por algo será que el único voto que nosotros declaramos públicamente es el de la obediencia.

II - ITINERANCIA. VIDA CONTEMPLATIVA. MADUREZ

Itinerancia o permanencia. ¿Hay una “parte mejor”?

14. “Como iban de camino, entraron en un pueblo y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Ella tenía una hermana llamada María, quien, permaneciendo sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta estaba absorbida por los múltiples quehaceres de la casa. Entonces ella dijo: ‘Señor, ¿te parece bien que mi hermana me deje sola para servir? Dile que me ayude’. Pero el Señor le respondió: ‘Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas, sin embargo sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor parte, la que no le será quitada’”.

Este pasaje del evangelio según san Lucas (10, 38-42) es probablemente el que más ha contribuido y contribuye a una comprensión cristiana de la contemplación: la contemplación ha venido a ser considerada como lo contrario a la acción, y como más meritoria que la acción. Según esta manera de ver las cosas, en vano se buscaría una alusión a la itinerancia como valor particular para un verdadero discípulo de Cristo, fuera del hecho de que el Señor mismo y quienes le acompañaban “iban de camino” antes de entrar en la casa de Betania.

Sin embargo, por un malentendido, se continúa interpretando este texto como una condena de la acción, y dando la preferencia a “una vida oculta, de silencio” o a un “lugar retirado para la contemplación”. Y de hecho, a primera vista, “la itinerancia” parece exactamente lo opuesto de la actitud de María en el evangelio de Lucas: ¡ella no se mueve ni un tanto para ayudar a su hermana!

Cuando era niño, yo me sentía mal ante la reacción de nuestro Señor a la queja de Marta. Por un lado, según mi inocente razonamiento, Jesús se aprovecha de la diligencia y de la tarea de Marta, pero por otro lado, al mismo tiempo, permanece con María, que está sentada a sus pies contentándose con escucharle. Realmente yo sentía lástima por Marta y me sentía airado contra María, que parecía ser bien perezosa, por lo cual creía injusto que el Señor la felicitase. Yo me imaginaba que si tuviera que lavar la vajilla mientras mi hermana se ponía a leer la Biblia, para nada hubiera considerado que ella había escogido la mejor parte, y ciertamente no veía que ella mereciera además felicitaciones. ¿Se contradecía Jesús? Por eso, me hubiera gustado plantearle una cuestión: entonces, ¿y tus palabras a la mujer que levantó la voz de en medio de la muchedumbre para decirte “Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron”? ¿No le respondiste: “Felices más bien quienes escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”?

Aunque mi inocente pensamiento infantil haya tenido poco que ver con la erudición bíblica actual, sigo convencido de haber tenido razón al poner en duda una concepción de la ‘contemplación’ consistente en “sentarse y escuchar”. Según la enseñanza de nuestro Señor mismo, es necesario “poner en práctica la palabra”, “hacer la voluntad del Padre”.

Itinerancia y contemplación: el arte de interpretar el tiempo presente

15. Lo que está claro es que se utiliza mal el término “contemplación” si se lo restringe a ser la contraparte de “acción”, como para exhortar que vale más permanecer en casa sin hacer otra cosa que sentarse y escuchar. Por eso, con toda razón las Constituciones de las Monjas de nuestra Orden hablan de la contemplación y del silencio asociándolos conjuntamente a la solicitud por el trabajo, al fervor en el estudio de la verdad, a la asiduidad en la oración y a la concordia fraterna.

De ese modo, en todo caso según una concepción dominicana, “la vida contemplativa” es “la contemplación” yendo del brazo con la “acción”. La “contemplación” es pues algo muy distinto de la pereza. Y no implica permanecer inmóvil o rígido. Incluso la clausura de nuestras monjas está unida a la inteligencia de la largueza, de la altura y de la profundidad del amor de Dios, que envió a su Hijo para que, por él, el mundo entero sea salvado.

“El vacío”, tan importante para toda “contemplación”, no es la ociosidad. El evangelio según san Juan nos relata otra visita de Jesús a la casa de Betania, que nos ayuda a captar mejor las dimensiones de una “vida contemplativa”. “Seis días antes de la Pascua Jesús fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Allí lo invitaron a una cena. Mientras Marta servía y Lázaro estaba entre los invitados, María trajo como medio litro de un aceite perfumado de nardo muy fino y muy caro. Ungió con él los pies del Señor y se los secó con sus cabellos, y toda la casa se llenó con el olor del perfume” (12, 1-3).

Marta sirve de nuevo al Señor, Lázaro está a la mesa con Jesús, pero María, que en el evangelio de Lucas había escogido la mejor parte, ahora no está sentada a los pies de Jesús; al contrario, ella hace algo muy concreto. Parece, sin embargo, que también esta vez ella ha escogido “la mejor parte”. Jesús la defiende de nuevo y la apoya contra la intervención de Judas Iscariote y de los discípulos. Lo que nos lleva a plantearnos: ¿Cuál es el misterio de “escoger la mejor parte”, cuál es la verdadera clave de una “vida contemplativa”?

Encontramos una respuesta a esta cuestión en el libro del Eclesiastés (3, 1-8), un texto de una gran sabiduría, seguramente resultado, y fruto, de

una vida contemplativa: “Hay un tiempo para cada cosa, y un momento para hacerla bajo el cielo. Hay tiempo de nacer y tiempo para morir; tiempo para plantar, y tiempo para arrancar lo plantado. Un tiempo para dar muerte, y un tiempo para sanar; un tiempo para destruir, y un tiempo para construir. Un tiempo para llorar y un tiempo para reír; un tiempo para los lamentos y un tiempo para las danzas. Un tiempo para lanzar piedras, y otro para recogerlas; un tiempo para abrazar, y otro para abstenerse de hacerlo”.

Saber “interpretar el tiempo presente”, eso es lo que espera Jesús de sus discípulos. Con toda evidencia, María de Betania llena plenamente las expectativas del Señor: cuando ella se sienta a sus pies para escuchar sus palabras, pero igualmente cuando ella toma un perfume y expresa generosamente su amor, sin avergonzarse por lo que los demás puedan pensar de ella.

¿Cómo lograrlo? ¿Cuáles son las condiciones previas necesarias para llegar a ser un intérprete del tiempo presente, un hombre o una mujer contemplativo-a? Es esta forma especial de atención que María de Betania manifiesta al Señor: ella está totalmente pendiente de él, de su persona, está totalmente atenta a su misión, y al mismo tiempo permanece consciente de sí misma y de lo que es bueno para ella: ella vive realmente una relación permanente con “aquel que ama su corazón”.

Este tipo de atención implica que centra su vida entera sobre un punto único: la relación con Dios y su voluntad. Paso a paso, eso nos forma según la manera en que Jesús llevó su vida: “Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar su obra a buen término”.

La itinerancia de Jesús no admite ninguna duda, y no hay duda de que vivió una vida activa, pero tampoco hay duda de su oración solitaria y silenciosa: la clave de una vida contemplativa es “la interpretación del tiempo presente”, la atención a la voluntad del Padre, la decisión de no pautar la vida más que sobre lo que Dios pide aquí y ahora, “de amar al Señor vuestro Dios, seguir siempre sus caminos, observar sus mandamientos, apegarse a él y servirle con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma”.

Itinerancia. Contemplación. Madurez

16. “Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”. Esta penetrante idea de san Agustín relaciona nuestras reflexiones sobre la itinerancia y la contemplación con la madurez en la vida religiosa (y cristiana). La madurez es inconcebible sin cambio, sin avance, sin asumir riesgos, sin itinerancia espiritual. Pero este proceso de crecimiento necesita

paradas, pausas, tiempo de adaptación también. Necesita a la vez nuestro trabajo personal y estímulos externos.

El evangelio de Lucas nos ofrece un excelente relato acerca del proceso de maduración religiosa y humana (24, 13-35). “Ese mismo día, dos discípulos iban de camino a un pueblecito llamado Emaús, a unos treinta kilómetros de Jerusalén, conversando de todo lo que había pasado”. La itinerancia, aunque fuera para huir de la depresión, es descrita como una condición previa posible, si no necesaria, de la sanación interior y del desarrollo, igual que la amistad. No existe madurez estando solo; tiene necesidad del otro, necesidad de que él o ella camine a nuestra vera, que él o ella nos reconforte, que él o ella comparta nuestras inquietudes y preocupaciones, que él o ella nos cuestione.

“Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar a su lado, pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. Les dijo: ‘¿Qué es lo que van conversando juntos por el camino?’ Ellos se detuvieron, con la cara triste”. El relato nos proporciona una idea suplementaria de cómo se madura: además de las personas que ya nos son familiares, tenemos necesidad de ser retados desde el ambiente exterior. No es suficiente con llorar juntos y compartir en el seno de un círculo de amigos. Mientras permanecemos en terreno conocido no hay mejoría ni progreso: se queda uno con la cara triste. Y aunque uno se abra al encuentro de un desconocido, a la experiencia de alteridad, nuestros ojos podrían quedar impedidos de conocer.

“Uno de ellos, llamado Cleofás, le contestó: ‘¿Cómo así que tú eres el único peregrino en Jerusalén que no sabe lo que pasó en estos días?’ Esto nos conduce a otra idea respecto a las condiciones previas del proceso de maduración. Cleofás considera al desconocido que está a su lado como el único que no sabe. Aunque, de hecho, el desconocido es precisamente el único que sabe. Madurar exige una especie de abandono de la seguridad. Mientras yo esté convencido de que soy el único que sé, y de que el otro, el desconocido, el extranjero, es el único que ignora, mis ojos seguirán cerrados y mi corazón no estará ardiendo dentro de mí, y yo no podré alcanzar la madurez religiosa.

“Entonces Jesús les dijo: ‘¿Qué poco entienden ustedes y cuánto les cuesta creer todo lo que anunciaron los profetas!’” Lo que subraya la obligación de contar con esta posibilidad: ¿y si el corazón sin inteligencia fuera yo, las convicciones insensatas las mías, y no aquellas que yo juzgo tales, como los discípulos de Emaús, que consideraban insensatas a las mujeres de su grupo?

“Y comenzando por Moisés y recorriendo todos los profetas, les interpretó todo lo que las Escrituras decían sobre él”. Observamos ahora la conexión entre la contemplación como atención y el desarrollo espiritual. Es necesario escuchar la Palabra de Dios y llevar cuenta de su extrañeza y novedad. Es lo que efectivamente hacen los discípulos de Emaús. Ellos escuchan atentamente a aquel que les ha llamado “corazones sin inteligencia”. Y van más lejos aún, le presionan diciéndole: “Quédate con nosotros, porque cae la tarde y se termina el día”. En cierto modo es la curiosidad, una aspiración profunda a obtener mayor clarividencia, un ardiente deseo de comprender mejor, lo que, a fin de cuentas, con la revelación llena de amor del Señor, les conduce al reconocimiento y a la madurez del discípulo. Ahora su itinerancia va a cambiar de dirección: de la huida al reencuentro, con los ojos abiertos sobre lo inesperado.

El último Capítulo General formula esto en términos concretos para la vida dominicana contemplativa, al abordar la relación entre la contemplación y la formación (inicial): “Considerando los diferentes aspectos de este mundo que han formado nuestros hermanos hasta aquí, hay tres elementos que se revelan como cruciales para que ellos se apropien de un espíritu contemplativo auténticamente dominicano: la constancia, la profundidad y la apertura. La constancia es un remedio a nuestra experiencia del carácter a veces efímero que reviste nuestra vida, sea en el plano intelectual, personal o religioso. Ella es manifiesta en nuestra larga vida de estudio y en la observancia externa de la oración, del silencio y de una vida común que debería ser regocijante. La profundidad se erige como contraste de cara a los placeres, a menudo superficiales, prometidos a buen número de personas en una economía global, pero de los cuales pocos alcanzan recompensa; ella engendra la curación del deseo que es a la vez necesaria y esperada. Es visible sobre todo en el desarrollo de la vida de oración, la virtud, el amor al estudio y en un conocimiento de sí mismo más compasivo. La apertura es a la vez una herencia de nuestro tiempo y un antídoto a las reacciones contra ella. En cuanto dominicos, no podemos pretender ser predicadores verdaderamente contemplativos más que con la condición de estar abiertos a las personas y a sus experiencias, a nuevos aprendizajes y a los caminos nuevos a través de los cuales Dios nos invita a servir. Sin embargo, a fin de que esos elementos estén presentes y bien integrados por nuestros hermanos en la formación inicial, debemos comprometernos nosotros mismos a renovar nuestra vida en cada una de sus dimensiones (*México 27, 4*) y a participar en la vida común, aunque nos cueste personalmente (*Ratio Formationis Generalis 166*). Haciéndolo así, daremos a nuestros hermanos en formación una manifestación visible de la Santa Predicación a la que ellos son llamados y para la cual nosotros les invitamos a comprometer sus vidas”.

No sabría concluir este acercamiento espiritual al aspecto “Itinerancia-Contemplación-Madurez” sin citar por lo menos otro texto clave. Se encuentra al final del evangelio de Juan (21, 15-23); es el emocionante diálogo entre Jesús y Pedro. Después del testimonio de Pedro, “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”, y de la respuesta de Jesús: “Apacienta mis ovejas”, el Señor prosigue: “En verdad en verdad te digo que cuando eras joven te ponías tú mismo el cinturón e ibas a donde querías, pero cuando seas viejo extenderás los brazos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras”. Quizás sea ésta la parte más importante de nuestra itinerancia personal, la contemplación más profunda, el mayor grado de madurez: cuando estamos listos para aceptar que no somos nosotros quienes definimos y decidimos qué se va a hacer, a dónde ir, qué dejar o qué conservar, sino que extendemos los brazos para que otro pueda ceñirnos y llevarnos a donde no querríamos, pero manteniendo plena confianza de que todo lo que sucede es para nuestro bien, y somos aún capaces de confesar: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”.

III - LA ITINERANCIA EN EL CAMINAR INTELECTUAL Y DE LA FORMACIÓN

17. Itinerancia significa movimiento, capacidad de ir hacia adelante con pasión, con espíritu de aventura. Reflexionando sobre este aspecto de nuestra vida dominicana, podemos intentar discernir las diferentes maneras como a veces este movimiento resulta bloqueado, en nosotros mismos, en nuestras comunidades y en nuestras provincias. La paralización del movimiento interior es a fin de cuentas una forma de rechazo o de represión. Puede ocurrir a nivel de las emociones, lo que es una forma de neurosis; puede aparecer a nivel mental, lo cual constituye un brusco parón ideológico de las capacidades intelectuales, y puede manifestarse a nivel de la vida espiritual, cuando la respuesta a Dios es paralizada por frenos interiores. Esta última forma de represión es la más inhibidora de la itinerancia propia de nuestro carisma dominicano.

La liberación de la itinerancia emocional

18. En una represión de tipo neurótico, la dinámica de las emociones queda bloqueada por otras emociones, por el miedo, o por un sentimiento de obligación afectiva. Esto conduce a una concentración sobre sí mismo, a una incapacidad para la autocrítica, y a una gravedad que no deja espacio al humor. La represión emocional es un problema de la juventud, en que hay miedo de sí mismo, de lo nuevo, de la sexualidad, de lo que las personas quieren hacer o decir, en que el sentimiento emocional del deber se convierte en la regla primordial. Ella impide a la conciencia razonar por sí misma. Lo cual puede impulsar a los y a las jóvenes a buscar la seguridad

que una vida religiosa protegida puede ofrecer. En su fragilidad emocional, a veces andan en búsqueda de reglas de vida claras y sencillas que les dispensen del riesgo y de la aventura. En lugar de ser motivados por una fascinante misión de predicación, que intentaría llegar a los cumanos de nuestra época, permanecerán encerrados en sus miedos, en su desaprobación instintiva de todo lo que implica una novedad. Una vida comunitaria sana les ayudará a liberarse de esos miedos, a tocar a los otros, a dejarse emocionar por ellos, a reír en completa libertad interior de sus propias indecisiones. ¡Felices los que saben reírse de sí mismos, porque ellos gozarán muchísimo durante toda su vida!

La liberación de la itinerancia intelectual

19. En el caso de una represión intelectual, el espíritu se ve impedido de avanzar al encuentro de la verdad en toda su riqueza y diversidad contextual. Un espíritu que se abstiene del esfuerzo de buscar la verdad, o que prefiere medias verdades de una sencillez seductora, queda encerrado en una lamentable parálisis intelectual o será constantemente zarandeado por obra de fuerzas exteriores, tales como la moda.

20. La itinerancia no debiera significar una dispersión del espíritu. Ahí hay un peligro intelectual: el de adoptar una actitud de tipo supermercado; intentar saber de todo, interesarse por todo, aceptar todas las tendencias de moda sin siquiera tratar de ver cómo se entienden entre ellas. La primera etapa de la formación intelectual es un momento en que el espíritu debe ser alimentado. Tenemos necesidad de tiempo para estudiar, de tiempo para una construcción contemplativa del mundo. Debemos plantearnos cuestiones más profundas, como el nexos misterioso, el enraizamiento metafísico de la verdad.

Jesús dijo: “Abran los ojos y tengan cuidado de la levadura de los fariseos como de la de Herodes” (Mc 8, 15). Los fariseos creían tener todas las respuestas, su espíritu agarrotado no podía extenderse más allá de sus rígidas convicciones. Herodes, por su parte, no tenía ninguna respuesta, ninguna idea preconcebida, ninguna ideología; él sólo trataba de divertirse, de gozar. En la era posmoderna han desaparecido las grandes ideologías, y el mundo gira alrededor de la diversión, hacer dinero y gastarlo, crear y satisfacer necesidades artificiales. La tentación de hoy es la de quedarse a nivel de la superficie. Un/una joven que entra a la Orden puede estar tentado/a de querer conocerlo todo, de interesarse por todo, de acumular sobre varias cuestiones diferentes cantidad de informaciones salidas de la televisión, de los periódicos, de los viajes; pero le faltará una capacidad de visión profunda. “Estamos obligados a constatar el carácter fragmentario de proposiciones que elevan la efemérides al rango de valor, con la ilusión de

que será posible alcanzar el verdadero sentido de la existencia” (Juan Pablo II, ‘Fides et Ratio’, 6). La primera etapa de la formación intelectual debe ayudar al/a la joven a forjar convicciones, a liberarse de la esclavitud de las modas. Nuestra tradición dominicana está fundada sobre la convicción de que la razón posee una inclinación inherente hacia la verdad, que puede percibir el verdadero bien, y conformarse a él, no bajo la presión del grupo exterior sino porque es verdadero. A pesar de todo, la capacidad de discernir la verdad debe ser desarrollada.

¿De qué tipo de filosofía estamos dotando a nuestros jóvenes? ¿Un saber de ideas discordantes y contradictorias, que permitan adaptarse a las diversas corrientes de pensamiento contemporáneas? ¿O una filosofía que integre el espíritu, le conforte en su capacidad de conocer lo verdadero, le dé los medios para interpretar de manera crítica lo que se observa en la cultura contemporánea? Algunas personas tienen necesidad de ayuda para formular una síntesis intelectual, antes de poder extenderse hacia nuevos dominios del pensamiento. Otras tendrán éxito en ello adquiriendo un saber inconexo, porque tienen ya convicciones interiores bien formadas.

Un exceso de itinerancia intelectual durante la fase inicial de la formación puede tener efectos desastrosos. Algunos, en su andadura intelectual, pasan de un extremo al otro. Comienzan liberales y terminan ultraconservadores; pueden buscar respuestas a sus inquietudes en el budismo, en el psicoanálisis o en las ciencias políticas, pero no se toman el tiempo de zambullirse en la Palabra de Dios y en la tradición católica. La formación intelectual inicial debería desembocar en la selección de un Maestro, un/a autor/a, aprobado/a por la iglesia, que ayudara al estudiante a formular una síntesis teológica. Puede tratarse de un Padre o de un Doctor de la iglesia, de un teólogo cualificado, podría muy bien ser santo Tomás de Aquino. Si los/las jóvenes hermanos/a pasan numerosos años leyendo al autor elegido, estudiando su teología, construyendo su ministerio y su predicación basados sobre la obra del Maestro, todo esto garantizará un sólido punto de referencia. El predicador sabrá de qué habla. Por el contrario, la ausencia de síntesis puede conducir a un estado de itinerancia perpetua, sin ninguna convicción.

21. La necesidad de una cierta higiene intelectual no debe sin embargo llevar a temer los interrogantes. La tradición tomista formula el *videtur quod*. Nuestra síntesis intelectual está basada sobre la convicción de que el espíritu puede enfrentarse al verdadero bien. Convencidos de que la verdad es accesible, podemos abordar sin temor toda clase de cuestiones, seguros de que cada verdad, sea cual sea su fuente, procede a fin de cuentas del Espíritu Santo. Un espíritu formado, capaz de discernimiento crítico, no tiene miedo a las ideas nuevas. Continúa desarrollando su curiosidad y no

duda en comparar su enfoque con el de los otros; es capaz de adquirir nuevas informaciones, de ensanchar su área de interés, porque posee una base. La itinerancia es posible cuando hay un hogar al que se puede volver. No es una invitación al nihilismo intelectual.

Un espíritu formado para buscar la verdad, y atenerse a ella, estará exento de todo estancamiento intelectual. La búsqueda de la verdad debería evitarnos quedar anclados en un estado de espíritu, en una visión de la Iglesia o de la sociedad, donde no habría lugar para un autoanálisis crítico. ¿Le preguntamos nosotros al Espíritu a dónde nos conduce? ¿Le dejamos actuar? La inteligencia tiene sed de verdad, pero se la puede esclavizar: es el peligro de las ideologías. La inteligencia se detiene bruscamente ante una semiverdad y no se deja conducir a la plenitud. Y no son sólo las grandes ideologías las que han impuesto diversas formas de totalitarismo. Hay también pequeñas ideologías que paralizan a comunidades y provincias. Un estilo de vida especial, un conjunto de opciones respecto a la Iglesia, las necesidades de una provincia o de una congregación religiosa se transforman fácilmente en una tradición inamovible. Es algo semejante a un medio anticonceptivo que impide el nacimiento de nuevos conceptos; no se transmite vida. La forma dominicana de gobierno democrático requiere la novedad llena de vida de las ideas, a la que es necesario reservar un campo de expresión en nuestros capítulos, en nuestros encuentros comunitarios, en nuestras sesiones de formación. Claro que todas las soluciones propuestas no se podrán aceptar, pero un medio comunitario sano permitirá que todas sean expuestas y discutidas. Mientras que si se relega la discusión al olvido, las pequeñas ideologías pondrán a la comunidad en un estado de inercia.

La búsqueda de la verdad debe ser llevada a cabo en la vida comunitaria, en las reflexiones filosóficas, en el estudio de la teología y en la peregrinación de la fe. Uno de los dramas del escenario intelectual contemporáneo es el abandono de la búsqueda de la verdad. “Así por ejemplo se ve en la desconfianza radical respecto a la razón que revelan los más recientes desarrollos de numerosos estudios filosóficos. Desde varios lados se ha oído hablar, a este propósito, del “fin de la metafísica”. (...) No puedo menos que animar a los filósofos, cristianos o no, a tener confianza en las capacidades de la razón humana y a no fijarse objetivos demasiados modestos en su reflexión teológica” (*Fides et ratio*, 55-58). “El misterio de la Encarnación permanecerá siempre el centro en relación al cual hay que situarse para poder comprender el enigma de la existencia humana, del mundo creado y del mismo Dios. En este misterio la filosofía debe enfrentar desafíos extremos, porque la razón es invitada a hacer suya una lógica que sobrepasa las barreras en cuyo interior corre el riesgo de encerrarse ella misma” (*Fides et ratio*, 80).

22. La expansión del espíritu, que es una itinerancia intelectual, la introduce más profundamente aún en la verdad. Esto es lo que significa la fe y el dogma. Siguiendo la tradición teológica clásica, la fe es un don de Dios que hace salir al espíritu de su concha y lo lleva hacia Dios. Los enunciados dogmáticos son un don del Espíritu Santo para aportar más luz, impidiendo que el espíritu caiga en el error y volviéndolo a centrar sobre el misterio que es salvífico. En el pensamiento moderno la fe y el dogma son interpretados como una limitación del espíritu, como un bloqueo de la curiosidad impuesto por las autoridades eclesásticas. Una itinerancia espiritual implicará que el espíritu se extienda hasta la verdad revelada. “En tanto que virtud teologal, la fe libera a la razón de la presunción, tentación típica a la que están fácilmente sujetos los filósofos” (*Fides et ratio*, 76).

La adaptación del espíritu al misterio divino es sin embargo dolorosa, porque, por naturaleza, el espíritu aspira a la claridad mientras que la fe es un encuentro del misterio. En el mismo seno de la fe hay lugar para intentar comprender (*cogitatio fidei*), pero se encuentra también a veces una *coagitatio fidei*. La necesidad de claridad inherente al espíritu hace que, adaptándose a la fe, se turbe. En el desarrollo de la fe el espíritu encuentra la cruz. Aceptar esa cruz es siempre doloroso pero, paradójicamente, vivificante. La gran piedra de tropiezo de la fe es el orgullo intelectual: la incapacidad o el rechazo inconsciente a aceptar el misterio.

No debemos escudriñar la Palabra de Dios mediante los instrumentos de las ciencias humanas, aceptando dichas ciencias (historia, arqueología, lingüística, psicología, sociología, filosofía) como criterio supremo, porque eso destruye la fe. (Interpretando a san Pablo, santo Tomás de Aquino dice que incluso las buenas filosofías pueden destruir la fe, si esas filosofías tienen la última palabra). Somos llamados a escudriñar nuestra vida tomando la fe como criterio supremo. Es doloroso para el orgullo intelectual, pero es la única manera de avanzar. El coraje de la itinerancia intelectual hace posible la itinerancia a nivel espiritual.

La liberación de la itinerancia espiritual

23. En su peregrinación de la fe el espíritu necesita ser libre de toda atadura. Pero cuando inventamos proyectos, nuevas misiones, cuando percibimos desafíos, cuando concebimos ideas, tendemos a atarnos a ellos. El apego a nuestros propios conceptos es bueno por un tiempo, pero fácilmente nos atribuimos el mérito de ello. Cuando el Espíritu Santo concibe la vida en la Iglesia es sin egoísmo, como un don total de sí. La concepción del Espíritu Santo es inmaculada. La astucia consiste en estar desinteresados en aquello que hacemos con pasión. La motivación de

nuestro trabajo tiene necesidad de ser purificada. No son sólo los malos hábitos los que necesitan ser purificados; también las buenas intenciones, para asegurarnos de que ellas van hacia Dios. Sin lo cual el apego a nuestras propias ideas impide el crecimiento espiritual y conduce a construir imperios personales. Lo esencial es la transparencia para ver a Dios actuando en nosotros. En las inspiraciones intelectuales, como en las artísticas, existe la tentación del egoísmo. Apenas nos viene una idea al espíritu cuando ya surge la alegría de utilizarla en un artículo, en un proyecto artístico, en una homilía predicada para nuestra gloria personal. Depender de Dios, tener espíritu de itinerancia, exige una gran pobreza espiritual. Las cosas buenas que nos pasarán por la mente, las manos o la palabra vienen de Dios y no de nosotros, incluso aunque nosotros les hayamos dedicado nuestra energía y nuestros talentos.

La profesión religiosa, por la cual consagramos nuestro porvenir a Dios, confirma el precio de la itinerancia. Aceptar al desconocido, recibido en la fe, como regla de vida permanente, refuerza nuestro apego a Dios y sólo a Dios. Ahí es donde nace la verdadera fecundidad de la vida y de la misión. En el fondo es la gracia de Dios quien permite que el bien surja de nuestro servicio.

En el momento de la muerte descubriremos la que era nuestra verdadera vocación, cuando, volviendo sobre nuestra vida, veamos en qué momento hemos respondido mejor a los llamados que se nos habían dirigido. Una carrera auténtica es hecha por Dios, mientras que en cada etapa de nuestra vida nosotros nos entregamos a Él totalmente. Pero cada etapa es una sorpresa; no llega como la realización de un proyecto personal por el cual nos hemos esforzado. En los primeros períodos de nuestra vida trazamos planes y tenemos sueños, pero, uno a uno, Dios nos pide renunciar a ellos, puesto que sus designios se revelan totalmente diferentes. ¿Qué podemos decir de esta joven postulante que entra en una congregación dominica en Moscú, a comienzos del siglo 20? Ella había planeado recorrer el planeta y ver el mundo, pero al mismo tiempo reconocía que Dios le pedía más. Entonces puso sus planes a un lado y entró en la vida religiosa, abandonando en Dios sus proyectos de viaje incumplidos. La respuesta de Dios se manifestó abundante: antes de terminar su noviciado fue arrestada y enviada a un gulag en Siberia. Vivió un largo noviciado en varios campos de prisioneros, cerca del polo Ártico primero y junto a la frontera china después. Su inicial deseo de viajar se cumplía de una manera demoníaca pero divina a la vez. Pasaron siete años antes de que pudiera encontrar, en un campo de prisioneros, a alguien en cuyas manos pudo finalmente hacer su profesión. Una vida arruinada, quizás, o quizás mejor no: en el corazón de la irreligión, en medio de la

desesperanza, esa hermana dominica llevó el mensaje del Evangelio predicado por su testimonio y su caridad.

24. ¿Cómo es posible que algunos de nosotros no quieran desplazarse, que rechacen aceptar la posibilidad de ser enviados en misión? Se dan casos de un individualismo furioso, debidos a la idea fija de la realización personal o de la ambición del éxito. En lugar de responder a Dios que nos envía, es la persecución de una carrera privada lo que importa, como si nosotros pudiéramos planificar nuestra vida. Otras veces es un apego excesivo a nuestro primer amor, a la primera asignación. Aceptamos la tarea que se nos confió, la realizamos con justa motivación, como nuestra entrega a Dios, pero al cabo del tiempo nos hemos apegado a esa obra nuestra, y juzgamos los resultados como si hubiéramos sido los únicos responsables. Nos cuesta aceptar que Dios haya solicitado nuestros servicios durante algunos años para esa misión, antes de que otros se encarguen de proseguirla, en tanto que nosotros debíamos cambiar de trabajo. Se trata de un momento difícil, semejante al de los padres que deben dejar partir a sus hijos adultos. Los padres mayores que han centrado su vida en sus hijos pueden temer por su propio futuro: ¿qué van a poder hacer ellos en la vida más adelante sin sus hijos? Se trata de un proceso normal, el momento en que llega el tiempo de encontrar un nuevo desafío en nuestra existencia.

En la vida religiosa no somos propietarios de nuestros apostolados, ni somos dueños de las personas que nos ayudan. Debemos aceptar que al dejárselas a otros las ponemos en las manos de Dios, y Dios las cuidará. Pero para ello hay que tener esperanza. Esperar es aceptar el misterio que se despliega en nuestra vida. Una esperanza natural da la energía, el impulso para afrontar desafíos difíciles. (En polaco el término esperanza, 'nadzieja', significa 'fuerza para actuar'). La virtud teologal de la esperanza, puesto que está centrada en Dios, le permite a nuestra voluntad aceptar el camino que Dios nos ha trazado. San Agustín y san Juan de la Cruz unen la esperanza a la memoria; ambos escriben que para crecer en esperanza hay que purificar la memoria. No es que recordar sea malo. Una buena memoria es por supuesto una gran ventaja, pero puede resultar que nos apeguemos a nuestros recuerdos, tanto a los buenos como a los malos, y haya que purificar ese apego. El apego a los recuerdos agradables puede frenar el entusiasmo para ir más allá, para aceptar la novedad en nuestra vida. Es normal que un fraile que trabaja en una capellanía universitaria sienta la alegría de servir a los jóvenes en el momento en que se abren a la vida. Pero él debe ayudarlos de manera tal que los deje partir e irse hacia otras ciudades, formar una familia, vivir su vida. Cuando ese fraile sea remplazado por otro más joven deberá dejar a un lado el recuerdo de las

alegrías y la experiencia pastoral adquirida en el transcurso de los años, a fin de poder aceptar una nueva tarea, un nuevo desafío.

De igual manera, los malos recuerdos pueden impedir la itinerancia. El recuerdo de situaciones difíciles, de sufrimiento, puede ser paralizante. Alguien que haya sufrido en una comunidad en que él/ella no fue apreciado/a no querrá regresar a ella nunca, de acuerdo, pero quizás tampoco se prestará a ir a un trabajo parecido, en condiciones análogas. Mientras que la comunidad puede haber cambiado durante ese tiempo, sus miembros pueden haber madurado, evolucionado, abandonado sus comportamientos hostiles. ¿Se le permite a una comunidad el derecho a cometer errores y a enmendarlos? Los recuerdos dolorosos también tienen necesidad de ser purificados para que aumente la esperanza y sea aceptada la confianza en el misterio divino que se despliega en nuestra vida.

La purificación de la esperanza ayuda a centrar la atención sobre Dios. Y cuando Dios es de verdad nuestra pasión primera, entonces somos libres para salir. La itinerancia dominicana tiene necesidad de esa libertad. El hermano al que se le pide cambiar de comunidad, igual que el provincial al que se le pide que envíe un hermano, pueden hacerlo si ambos aceptan la conducta misteriosa de Dios. Pero si no llegan a abrirse al misterio de Dios rechazarán las nuevas misiones que les serán propuestas. A veces los provinciales quedan perplejos cuando se les solicita enviar un fraile formado y preparado para la provincia, o que ese fraile gane dinero para la provincia. ¿Dónde está entonces la apertura al misterio en la esperanza?

25. No es bueno que haya muchos puestos ligados a un salario. Evidentemente las comunidades prefieren tener hermanos/hermanas que aporten un sueldo habitual. Pero algunas tareas llevadas a cabo por el conjunto de la comunidad (por ejemplo la responsabilidad de un santuario) reportan dinero también, sin que se vea ligado a un solo individuo. El empleo asalariado puede frustrar la itinerancia, en tanto permita que una persona pase años en el mismo trabajo, en la misma residencia, en la misma habitación. Las provincias que tienen demasiados puestos de trabajo asalariados acaban por estancarse. Algunos ministerios deben evolucionar rápidamente porque la sociedad atraviesa profundos cambios sociales. Los jóvenes cambian a menudo, en ciclos de algunos años: escuchan otro tipo de música, se interesan por otro género de películas, mascan una nueva clase de chicle. Un joven capellán o formador/a debe adaptarse constantemente, preparar nuevos temas, nuevas conferencias, para no perder el lenguaje común con los jóvenes. Cuando hay poco movimiento en una provincia, una congregación religiosa o una fraternidad laica, la inercia y la rutina terminan por transmitir una imagen desfasada de la Iglesia.

26. En nuestro cuestionamiento acerca de las dificultades de la itinerancia no debemos descargar toda la responsabilidad sobre aquellos a quienes no les gusta dejar sus ataduras. Un bloqueo psicológico importante contra la itinerancia a veces está causado por la falta de apoyo de parte de quien envía. Cuando una provincia abre una misión debe asumir la responsabilidad de los hermanos enviados al extranjero. Habitualmente hay un largo período durante el cual una nueva misión pertenece a la provincia, con un estatuto de vicariato provincial; a medida que crece en número el vicariato se convierte en regional, luego general, después viceprovincia y finalmente provincia. A lo largo de todos esos años la provincia-madre puede tener sus frailes en la nueva entidad, al principio en los puestos de responsabilidad y luego en compromisos más cooperativos, o sea en una situación normal de dependencia de los frailes locales. Durante todo ese tiempo la provincia-madre debe ejercer su responsabilidad respecto a los frailes enviados a misiones alejadas. Ellos tienen necesidad de ánimo, de interés, a veces de ayuda financiera. Si su trabajo no es considerado como una misión sino como un lugar adecuado para alejar a los frailes difíciles, con la convicción de que sus problemas se resolverán por sí mismos, sucederá que como reacción se desanimará cualquiera al enfrentar el desafío del futuro. Las personas enviadas en misión deben saber que son enviadas, no relegadas a un rincón o rechazadas. La itinerancia exige la responsabilidad de aquel que es enviado pero también de quien envía.

27. Cuando iba de pueblo en pueblo, caminando a lo largo de las rutas de Europa, santo Domingo cantaba el Ave Maris Stella. En este antiguo himno mariano se encuentra la frase "*Iter para tutum!*" Santo Domingo oraba a María y le suplicaba que intercediera a fin de que su camino fuera seguro, sea que ya estuviera en él o lo planease, y que el designio de Dios estuviera presente en sus iniciativas.

IV - ITINERANCIA Y MISIÓN

28. La itinerancia es el corolario necesario de la misión. Este vínculo ontológico se enraíza en nuestra historia y especialmente en la vida de santo Domingo, puesto que él descubrió su misión cuando andaba "de camino" y envió a sus frailes, incluidos los novicios, a vivir "en camino". Los recientes capítulos de la Orden nos recuerdan esta historia y nos llaman a "ponernos en camino". Quezon City, en 1977, quizás ha sido el primero que mostró una toma de conciencia de que las prioridades se habían desplazado, poniendo en primer lugar "la catequesis en diversos lugares y culturas". Consciente de que esta situación nueva y diferente pedía un

nuevo enfoque, el capítulo declaró como segunda prioridad “la formación y la preparación necesaria para la predicación en este mundo nuevo”.

Los capítulos siguientes han elaborado lo que estas nuevas prioridades significaban exactamente. Walberberg, en 1980, aborda “la adaptación de nuestras actividades apostólicas a las necesidades de hoy” y presenta algunos “jalones específicos” que debieran caracterizar a la misión y a la predicación dominicanas: profética, obteniendo credibilidad de nuestra pobreza, fundada sobre la compasión y apoyada en el estudio científico de la teología. Ávila, en 1986, en el mismo país de santo Domingo, “hombre de frontera” excepcional, afirmó que la “misión específica” de la Orden es “la evangelización en las fronteras”. Y enumera esas fronteras en las que debemos vivir nuestra misión. Oakland, en 1989, provocó a la Orden al afirmar: “¿Oímos nosotros esas llamadas que provienen del mundo de hoy?” ¿No tenemos necesidad más bien de una conversión profunda, para salir de la “comodidad y la seguridad (que) producen con frecuencia mentalidades refractarias a todo cambio?” Debemos reencontrar “el espíritu de itinerancia y de movilidad de Domingo y reencontrar una pobreza que nos vuelva acogedores al soplo del Espíritu y sensibles a los gritos de las almas angustiadas”.

México (1992) señala las situaciones y los retos actuales de la vida apostólica en la Orden y declara con energía: “Nuestra disposición [a enfrentar esos retos] proviene de la exigencia que se encuentra en el corazón de cada dominico de cara a un llamado tan apremiante. Las semillas de nuestra tradición están listas para reverdecer y dar fruto a poco que nosotros sepamos acogerlas con un corazón generoso”. El capítulo cita también algunos “puntos fuertes de nuestra tradición”, cada uno de los cuales exige y pone en juego un cierto tipo de itinerancia física o mental: la movilidad, estar listo para salir sin dejarse paralizar por un exceso de equipaje material, cultural, intelectual; la preocupación y el respeto por las personas, encontrarlas allí donde están; la apertura de espíritu, estar listo a aprender y a escuchar; la comunidad, puesto que no actuamos nunca solos. Caleruega (1995) nos llama a ser “fieles a la itinerancia”.

Los dos últimos capítulos se centran en la naturaleza de la itinerancia como superación, “ir más allá”. La misión de la Orden, declara Bolonia (1998), invita a la Orden a “portarse valientemente por encima de las fronteras que separan a los pobres de los ricos, a las mujeres de los varones, a las diferentes confesiones cristianas de las otras religiones”. El capítulo coloca esta misión sobre “líneas de fracturas” de la humanidad y ve a los miembros de la Orden “aprestándose a servir al otro”, listos a escucharlo y a dejarnos transformar por él.

En su Relación sobre el Estado de la Orden en el capítulo de Providence, el Maestro de la Orden habla de un “porvenir seleccionado y en la línea de una itinerancia de corazón, de espíritu y de misión”, y el capítulo dice que cada miembro de la provincia debe mantener la preocupación de la misión de un vicariato: “La provincia debiera promover un espíritu de itinerancia de suerte que los hermanos estén verdaderamente disponibles para encargarse de un servicio semejante”.

La reflexión que sigue es una contribución para animar precisamente a este espíritu de itinerancia “de corazón, de espíritu y de misión”.

Ponerse en camino

29. Según los testimonios bíblicos, es en el transcurso de un viaje donde se producen cosas sorprendentes. Abrahán se apresura a salir de su tienda para saludar a los viajeros y éstos le prometen un porvenir diferente del que Sara y él habían imaginado (Gn 18, 1-15). Moisés, huyendo, tiene una experiencia de Dios a través de una zarza ardiendo y descubre al mismo tiempo un pueblo y una misión. Dios le dice: “Ahora vete, yo te envío” y le promete: “Estaré contigo” mientras prosigas tu viaje (Éx 3,1-21). Jacob, “en su camino”, lucha con el ángel en el vado de Yaboc, en una historia de conversión y de vulnerabilidad. Como muchos de nosotros, Jacob tiene algunos rasgos de carácter muy desagradables. Es un estafador y tiene miedo de aquellos a quienes ha hecho daño. Tras él va su suegro pisándole los talones, y ante él está su hermano Esaú esperándole. Y entonces se da el combate, del que Jacob sale perdonado y convertido, con un nuevo nombre, una nueva misión y cojo.

Es “en el camino” donde Jesús llama a sus discípulos y es “en el camino” donde les enseña. (En la película de Pasolini sobre el Evangelio según san Mateo hay una escena inolvidable del sermón de la montaña: Jesús camina rápido a través de las colinas, los discípulos tratan de seguirle el ritmo y de acercársele para escuchar sus palabras, y él vuelve la cabeza en su dirección mientras avanza, para enseñarles “caminando”. Cuando se reunieron los cuatro mil, según Marcos (8, 1-10), fue por el camino donde comieron, de prisa, como en un moderno establecimiento de ‘fast-food’. Y fue también caminando como Jesús se encontró con algunas personas, como la mujer pagana (Mt 15, 21-28) cuya fe alaba, poniéndola como modelo incluso a sus discípulos. En fin, fue caminando hacia Emaús como se reveló a los discípulos desanimados (Lc 24, 13,35).

He ahí exactamente la misión que les da a sus discípulos: los envía, les hace “ponerse en camino”, sin bolsa, sin alforjas, sin sandalias. Les dice: “No se detengan en el camino para saludar a las gentes” (Lc 10, 4). A

este propósito hay que advertir algo interesante: Jesús los invita a una vida de itinerancia, a una vida de urgencia (“vuelvan a salir sin cesar”) y a una vida de dependencia de la bondad del otro, de los extraños que ellos “no conocen”.

Acoger en sí

30. Ser itinerante es volverse vulnerable y dependiente. Pero para un dominico la itinerancia es la única respuesta adecuada en un mundo que produce personas sin hogar, heridos, extranjeros. Ponerse en camino, como nuestros capítulos generales no cesan de recordarnos, es vivir sobre esas “líneas de fracturas” de la humanidad, compartir la suerte de los sin hogar, debido a las posiciones que tomamos y que van contra la opinión predominante.

El biblista Walter Brueggemann habla del “monopolio de la imaginación”, una expresión que sugiere que “alguna entidad o fuerza de la sociedad detenta a la vez la voz única que decide cómo se han de vivir las cosas, y el derecho y la legitimidad de proporcionar el lente a través del cual se debe ver o leer adecuadamente la vida. Nadie está autorizado a tener una imagen fuera de este catálogo de imaginaciones aprobadas”. Ponerse en contra de monopolios tan poderosos es alinearse con la visión del Evangelio que Domingo hizo suya. (Según un escritor, Domingo no sólo envió a sus frailes a las ciudades por causa de las universidades, sino porque es en ellas donde se encuentran las víctimas que una sociedad mercantil emergente acababa de privar del derecho de voto: los dominicos deberían ser sus “hermanos”). Tomar una posición semejante es volvernos a nosotros mismos marginados y vulnerables. Pero es la única forma de que nuestra predicación sea creíble.

Es interesante, en nuestro contexto, tener en cuenta que el término griego utilizado en el Nuevo Testamento para “acoger” (*lambano*: “tomar, recibir, poseer”) no tiene nada que ver con un alejamiento de las personas cuya conducta no va en armonía con la nuestra. Ese verbo indica que nosotros debemos “ponerlos con nosotros” y “hacerlos entrar calurosamente en nuestra compañía”. Es una palabra utilizada a menudo por san Pablo en su visión de desconocidos que llegan a hacerse una comunidad enraizada en la experiencia de lo que Dios hizo en Jesús: “En Cristo, Dios reconciliaba al mundo con él... y a mí me entregaba el mensaje de la reconciliación” (2 Cor 5, 19). Por eso exige a los romanos que “den hospitalidad” (12, 13). Pero para reconciliarse con los otros, y hacerlos sus amigos, o acogerlos, hay que considerarlos “semejantes a nosotros” por sus necesidades, sus experiencias y sus expectativas. “No era suficiente, escribe Christine D. Pohl, con que los extranjeros fueran

vulnerables; los anfitriones debían identificarse con sus experiencias de vulnerabilidad y de sufrimiento antes de acogerlos”.

Quizás el hecho de “no estar en su lugar” asociado a la itinerancia significa de hecho poder colocarse en el lugar de algún otro. Y bien podría suceder que el texto más fundamental para la misión no sea el tradicional “Vete y bautiza”, sino más bien un pasaje como el de 2 Cor 1, 3-7, que define la misión como *paraklesis*, consoladora y reconfortante. Escribe Pablo: “Bendito sea Dios..., el Padre siempre misericordioso, el Dios del que viene todo consuelo, que nos conforta en todas nuestras pruebas, de manera que nosotros también podamos confortar a los que están en cualquier prueba”. Lo interesante de este pasaje es el llamado a una experiencia mutua. Incluso lo que nosotros sufrimos sirve para consuelo de los otros. ¿Qué otro motivo podría tener para la misión sino el de salir, como Jesús, que “extendió la mano y le tocó” (Mc 1, 41), ir a buscar a las personas vulnerables a lo largo del camino, en una relación de curación y de confortamiento?

Asumir riesgos

31. Claude Geffré ha escrito que “el reto del pluralismo religioso nos invita a regresar al corazón de la paradoja cristiana como religión de la encarnación y como religión de la kénosis de Dios”. Por tal razón puede hablar del cristianismo como de una “religión de la alteridad”. Hay algo de aventurero en un viaje teológico a las fronteras, que nos provoca, nos incita a llegar a ser auténticos dominicos, a “ponernos de nuevo en camino” para responder a las nuevas realidades, estén donde estén, en la frontera, a ser “útiles” a esos otros que definen nuestra misión y determinan a dónde debemos ir.

Al comienzo de la Biblia está escrito que “todo el que quería consultar a Yahvé tenía que ir hasta la Tienda de las Citas, que se encontraba fuera del campamento” (Éx 33, 7). “Fuera del campamento”, entre aquellos “otros” que están relegados en algún lugar fuera del recinto: allí es donde encontramos a Dios. La itinerancia requiere la salida de la institución, fuera de las percepciones y de las creencias condicionadas por la cultura, puesto que es “fuera del campamento” donde encontramos a un Dios que escapa a todo control. Es “fuera del campamento” donde encontramos al Otro, diferente, y donde descubrimos lo que somos y lo que tenemos que hacer.

En febrero del 2001 algunos dominicos y dominicas, casi todos ellos viviendo en Asia, se reunieron en Bangkok, “fuera del campamento”, para compartir su experiencia de la escucha y del aprendizaje. “Constatamos

allí, declararon luego, que el diálogo con las personas de otras tradiciones religiosas es el principal reto de este comienzo del tercer milenio para nuestra predicación dominicana. Aquí, en Asia, lugar privilegiado para el encuentro con culturas diferentes, religiones diferentes, pueblos diferentes, somos provocados a la conversión, es decir, a una nueva manera de escuchar, de mirar, de tocar, de aprender y de comprender”.

“El diálogo abre una puerta hacia un mundo desconocido, del cual ignoramos incluso los contornos exactos, pero este viaje nos conducirá hacia nosotros mismos, pues creemos que allí está nuestro lugar”.

“Lo que motivó el nacimiento de la Orden es la atención que Domingo puso a las necesidades de las personas en el mundo en cambio del siglo 13. Al igual que Domingo y que los monjes budistas y los *sannyasis* hindúes, nosotros también somos llamados a ponernos en camino, a reivindicar nuestra herencia mendicante, a poner en práctica eso de que todos somos mendicantes ante la verdad que no espera más que sorprendernos”.

“Oramos para saber volvernos hacia ese Espíritu que traza nuestro mapa de viaje, pues, como Iglesia y como Orden, hacemos don de nosotros mismos al Espíritu. Es el Espíritu, presente en cada cultura y en cada religión surgida mucho antes de la llegada del cristianismo, quien vuelve posible y necesario el diálogo”.

“Oramos para tener la confianza de nuestro Padre Domingo quien, aunque no pudiera prever el resultado, sabía que cumplía la voluntad de Dios”.

Es profundamente significativo para nosotros, dominicos, encargados de una misión universal de predicación, acordarnos de que Jesús comenzó su misión en la “Galilea de las Naciones”, distrito de los extranjeros, cuya población se componía en su mitad por gentiles, cuyo culto era medio pagano, territorio poblado por gentes que las instituciones de Jerusalén consideraban sospechosas: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1, 46). Sin embargo, después de la Resurrección, Jesús dijo a sus discípulos: “Les precederé en Galilea” (Mt 26, 32). Y su mensaje a las mujeres es todavía más sorprendente: “Vayan a anunciar a mis hermanos que deben salir para Galilea, y allí me verán” (Mt 28, 10).

Es fuera del campamento, en todos los galileos que nos rodean, donde descubriremos lo que es la misión: estar en misión es vivir fuera del campamento. Y descubrir, con los otros, lo que verdaderamente es Dios. Aunque este conocimiento tiene un precio. Al final de la Biblia se encuentra la imagen de la salida del campamento, o de la salida de la tienda

para encontrarse con Dios, en la carta a los Hebreos: “También Jesús, cuando purificó al pueblo con su propia sangre, sufrió su Pasión fuera de Jerusalén. Por tanto, salgamos también del recinto sagrado para ir a él, cargando con sus humillaciones” (13, 12-13). Somos bendecidos por el ejemplo de los mártires dominicos de Argelia, de Pakistán y de otras partes, que se colocaron sobre las “líneas de fracturas”, “fuera del recinto”. Ellos “llevaron su oprobio”, ellos nos “santifican” por su sangre. Como ellos, nosotros estamos llamados a “ir fuera del recinto” y a aguantar lo que Jesús aguantó.

Incluso sus parientes pensaron que Jesús había “perdido el juicio” (Mc 3, 21); así de apartado de la norma, de excéntrico, era su comportamiento. Para vivir la ‘vita apostolica’ en el mundo de hoy, nosotros, los dominicos, debemos sin duda estar un tanto lejos de las normas, ser un poco más excéntricos, un poco menos equilibrados y convencionales. ¿Qué hacemos nosotros hoy que pudiera hacer creer a los demás que “hemos perdido el juicio”? El informe de la comisión sobre la Misión de la Orden en el capítulo general de Bolonia pedía: “Si nosotros vivimos lo que predicamos, si nuestra vida es en verdad un servicio del Evangelio que nos impulsa a los caminos más allá de las fronteras, entonces felizmente llevaremos en nosotros alguna pizca de locura evangélica”.

V - LA PROFESIÓN DOMINICANA, *PROFESSIO IN MANIBUS*

32. Una breve referencia histórica; fuentes bíblicas para reconocer la propia vocación; ecos de nuestras raíces contemplativas; el estudio y la formación como una ruta a recorrer; la llamada a la misión caminando al encuentro de los que tienen hambre y sed del Evangelio aún sin saberlo...

¡No podía faltar una referencia canónica en esta reflexión común hecha “Carta a la Orden”!

En la actualidad, rodeados de inseguridades, parece crecer en todos el deseo de conocer “lo que va a pasar”; lo que “nos espera”; “cuántos y cuáles pasos debemos dar para llegar a un objetivo”; “qué etapas han de planificarse para obtener un resultado”; “cuántos son los escalones hacia nuestra plena realización”. Estas cosas no son ajenas a nuestra vida dominicana ¡queremos y exigimos a los demás claridad!, ¡seguridades!, ¡estabilidad! (¡sobre todo de parte de los superiores!).

33. Sin embargo hemos sido llamados a ser predicadores, a ser profetas. Ser profeta no significa conocer o adivinar el futuro, tenerlo claro,

ofrecer seguridades. Dios llama a los profetas a leer la historia a la luz de su Palabra; a leer la Palabra tomándole el pulso a los acontecimientos. Los profetas no son llamados a leer el futuro en las manos como expertos en “quiromancia”.

Las manos, es verdad, proyectan lo que se encuentra en el corazón. Cada gesto de nuestras manos manifiesta lo que se encuentra en nuestro interior (¡No es necesario ser italianos o argentinos para constatar esto!). La dulzura de una caricia, la dureza de un gesto agresivo, la vida en las manos del sembrador, la muerte en las manos asesinas...

34. Al inicio de nuestra vida dominicana, después del tiempo de noviciado, todos hemos hecho un gesto con nuestras manos, un gesto muy elocuente: hemos puesto nuestras manos en las manos de quien ha recibido nuestra profesión.

La lectura de un artículo de Antoninus M. Thomas OP, en mis tiempos de estudiante de Derecho Canónico, sigue inspirándome al escribir estas cosas. Nos enseña este gran historiador del derecho de la Orden que los dominicos han tomado este gesto central del ritual de profesión del utilizado en su tiempo por los “conversos” cistercienses..

Los hermanos conversos de Cîteaux hacían su profesión en la sala capitular y en las manos del Abad. Los otros monjes profesaban en la Iglesia abacial a través de un documento escrito depositado sobre el altar como un signo de ofrenda y estabilidad monástica, (en tiempos de Santo Domingo, ese era también el ritual de los canónigos regulares, entre ellos los Premonstratenses). Los monjes y los canónigos regulares, en efecto, estaban ligados especialmente a su monasterio y a la iglesia del monasterio.

Los frailes dominicos hacían su profesión –como los conversos cistercienses- en la sala capitular, a través de la ofrenda de las manos. Si la *oblatio super altare* simbolizaba en monjes y canónigos su vínculo con la abadía e Iglesia canonical, la *professio in manibus* como elemento central de la profesión dominicana deja abiertos los caminos de los predicadores para su apostolado.

35. Todos nosotros hemos hecho profesión a través de la ofrenda de nuestras manos y, al mismo tiempo, a través de la ofrenda de las manos de quien, sosteniendo las nuestras, recibió nuestra profesión. Es un intercambio mutuo de voluntades. Las manos abiertas a la gracia de Dios, abiertas a la misericordia de los hermanos y hermanas con quienes comprometemos nuestro futuro ¡aún sin conocerlo!

Es un verdadero signo de confianza mutua. Nuestro futuro en las manos de los hermanos. El futuro de nuestros hermanos en las nuestras. ¡He aquí toda la estabilidad dominicana! ¡Solamente sostenida por la estabilidad de nuestra profesión de obediencia!

En nuestra profesión no hemos comprometido nuestras vidas a un futuro ligado a determinada “Abadía” o “Iglesia canonical”. Sin embargo, pareciera a veces que hubiéramos hecho profesión de estabilidad a determinado convento o casa; a determinados cargos o cargas o a no asumir ninguna responsabilidad; al pueblo o región de donde venimos o donde hemos nacido; a sitios determinados donde nos “sentimos” a gusto, con buena compañía, amigos...

36. No se me oculta que la itinerancia dominicana adquiera contenidos y características diversas en algunas ramas de la Orden (pienso sobre todo en las monjas contemplativas y en los laicos) ¡Por eso mismo no hemos querido limitar el significado de la itinerancia al hacer valijas para ir a otro sitio! Aunque pensándolo bien, es bello constatarlo, también nuestras monjas contemplativas y laicos nos enseñan lo que es la itinerancia dominicana.

¡Es verdad! Muchas monjas, con gran generosidad, han querido “partir” para hacer nuevas fundaciones; otras lo han hecho para ayudar a otros monasterios necesitados. Algunas comunidades contemplativas – reconociendo su pobreza de medios, el reducido número de hermanas y la escasez de vocaciones- han decidido unirse a otro monasterio para vivir la vocación a la que el Señor las ha llamado “habitando en casa unánimes teniendo una sola alma y un solo corazón”, más allá del monasterio concreto en el que ellas habían ingresado alguna vez.

También son numerosos los laicos que se ofrecen como voluntarios para anunciar el evangelio en regiones remotas, colaborando con la misión apostólica de comunidades dominicanas.

37. Lamentablemente –ante cada asignación o cambio de cargo o responsabilidad comunitaria- objetamos los motivos de quien nos invita a “partir” por entenderlos solamente desde dos categorías reductivas: “la de la promoción en pos de un *cursus honorum* imaginado o merecido”, o “la del castigo – punición”. Eso se adecua quizás a otros mundos ¡a los que hemos renunciado! como el empresarial, el de la competitividad, el de la carrera política o académica. En la vida dominicana, sin embargo, eso mismo destruye la confianza, quiebra la docilidad, hiere la itinerancia, mata infinitas posibilidades.

En muchas ocasiones ante un cambio, una asignación, tomar o dejar un cargo o responsabilidad, etc. nos surgen – casi como “acto reflejo”- frases como ésta: “en conciencia no puedo aceptar”. ¡Olvidamos fácilmente la célebre distinción entre “conciencia psicológica” y “conciencia moral”! Confundimos las propias emociones, sentimientos, la conciencia de uno mismo con el juicio de la razón práctica, que nuestra profesión en las manos ha elevado sobrenaturalmente al nivel de un acto de fe en Dios y en los hermanos.

38. Desde este gesto tan antiguo y elocuente de nuestra profesión dominicana, hemos comenzado en nuestra vida a experimentar el misterio de la Pascua de Jesús, el *ars moriendi et nascendi*; morir para vivir. Para ello hemos puesto nuestra vida y futuro en las manos de otros.

En la basílica de Santa Sabina, nuestra iglesia conventual en Roma, se encuentra un monumento fúnebre con una sugestiva inscripción que pretende sintetizar la vida del personaje en cuestión :

Ut moriens viveret - Vixit ut moriturus

(Para vivir después de la muerte - Vivió como quien ha sido destinado a morir)

Jesús dijo: “Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere da mucho fruto” (Jn. 12, 24).

Después de la resurrección, cuando Tomás ha querido “ver para creer”, usando sus manos y dedos para “medir o comprobar” lo que sus hermanos le habían anunciado, Jesús mismo lo invitó: “mira mis manos...”. Después de la Resurrección, las manos heridas de Jesús siguen siendo el signo de un futuro cargado de esperanza y de vida.

VI - A MODO DE CONCLUSIÓN

39. En la mañana del 21 de mayo de 1992, fray Damian Byrne me pidió que lo acompañase al Palazzo San Calisto en el Trastevere romano. Unos días antes de dejar Santa Sabina en su camino hacia el Capítulo General de México, este gran misionero dominicano, itinerante y pobre, deseaba despedirse del Cardenal Eduardo Pironio. Yendo a pie hacia la cita, fray Damian me hizo un comentario: “nunca he escuchado cosas tan bellas sobre Santo Domingo y la Orden como las que dijera el Cardenal en el Capítulo General de 1983”.

Siempre quise conocer esas palabras tan dominicanas dirigidas al Capítulo de Roma. En el Archivo General no había documento escrito alguno sino un cassette con la grabación. ¡Confieso que probé una grande emoción al escuchar la voz de ambos: fray Damian Byrne y el Cardenal Pironio!

Somos mendicantes y también pedimos a otros sus ideas, como el corredor de postas que recibe el testimonio de manos de uno y corre enseguida para entregarlo a otro. Tímidamente parafraseo palabras de quienes nos precedieron en el camino de la fe para anunciarla a otros.

40. Cuando el Señor confía una misión siempre repite invariablemente estas tres frases:

“Ve yo te mando...” Es el envío, la misión, que viene ciertamente de Dios. Esta voluntad está expresada a través de la voluntad de los hermanos o hermanas, pero la misión viene de Dios: “Ve yo te mando...”. Eso nos da mucho coraje y al mismo tiempo mucha serenidad.

La segunda frase es “No tengas miedo...”. Esto es muy importante en un predicador. Que sea verdaderamente pobre; porque nos sentimos inseguros de nosotros mismos, pero confiamos en Dios y en los hermanos. Desde esta pobreza el predicador adquiere una fuerza especial que lo hace justamente un profeta de esperanza. El predicador es alguien que, porque es pobre y se apoya exclusivamente en Dios, no tiene miedo y no permite que los demás tengan miedo ¡porque somos testigos de la Resurrección!

La tercera frase es “Yo voy contigo...”. Siempre el Señor nos acompaña, “Yo voy contigo, voy haciendo el camino contigo”. Él nos anima y alienta a comprometernos profundamente en la misión que nos ha confiado como predicadores del evangelio en este momento providencial de la Iglesia y de la historia.

El mundo particularmente está esperando una comunicación del Verbo de Dios, de la Palabra de Dios. Santa Catalina –hablando de santo Domingo– decía que “recibió el oficio del Verbo”. Cada dominico, cada dominica está llamado por profesión a esa misión. Para eso tendrá que dejarse poseer plenamente por la palabra de Dios a fin de comunicar esta palabra hecha carne, hecha historia, hecha gesto concreto. Hemos sido llamados a comunicar la Buena Noticia a todas las naciones uniendo la verdad con el amor, siendo fieles a la verdad y al amor. A la verdad, porque es lo específico de los dominicos; al amor, porque amamos esa verdad como se ama una persona. En ese amor se basa nuestra vida dominicana que bebe en las fuentes de la Regla de san Agustín. En ella se inspira santo Domingo de Guzmán porque él quiso enviar, más allá de los límites de lo

conocido, contemplativos apóstoles, como Jesús envió a los Apóstoles, y por consiguiente en una línea fuertemente evangélica.

41. Jesús invitó a Pedro a navegar mar adentro y a echar las redes. Simón –conocedor de mares, barcas, redes y pesca como era- le respondió que había trabajado toda la noche sin sacar nada. Pero sostenido por la palabra de Jesús echó las redes ¡y la pesca fue grande! (cf Lc. 5, 4-6).

Me hago simplemente eco del Evangelio de Jesucristo y de la invitación que el Papa Juan Pablo II nos hiciera al concluir el Jubileo del 2000:

“*¡Duc in altum!* ¡Caminemos con esperanza! (...) Nuestra andadura, al principio de este nuevo siglo, debe hacerse más rápida al recorrer los senderos del mundo...”.

El 15 de agosto de 1217 –llamado el “Pentecostés dominicano”– invocando el Espíritu Santo y reunidos los frailes, fray Domingo les dijo que había decidido en lo íntimo de su corazón enviarles a todos por el mundo, aunque fueran pocos. Algunos le objetaron su decisión, pero él respondió sin vacilaciones: “No se opongan, yo sé bien lo que hago”. De esa manera disipó en ellos todo temor. Los frailes, confortados por su palabra, asintieron con facilidad, confiando en que todo conduciría a buen fin.

Les decía que estas páginas –demasiadas quizás, lo reconozco– son fruto de una reflexión comunitaria. Invito a todos a meditarlas, en forma personal ¡también en comunidad!, y a rezar conmigo:

“Dios del amor y de la fidelidad, que nos has enviado tu Palabra para que sea nuestro camino; concédenos que siguiendo este camino tras las huellas de santo Domingo “caminemos con alegría y pensemos en nuestro Salvador. Amén.”